

MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN AMÉRICA LATINA

INTERROGANTES PARA SU HISTORIA,
PRESENTE Y FUTURO

Nicolás Dip

BIBLIOTECA
QUE SE PINTE
DE PUEBLO



POSGRADOS
CLACSO



Movimientos estudiantiles en América Latina

Movimientos estudiantiles en América Latina

Interrogantes para su historia,
presente y futuro

Nicolás Dip





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais



CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de
Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción
Editorial

IEC Conadu Instituto de Estudios de Capacitación

Yamile Socolovsky - Directora
Miriam Socolovsky - Coordinadora
Editorial
Lucas Petersen - Corrección de
estilo

Equipo de la Red de Posgrados

Alejandro Gambina, Magdalena Rauch, Camila Downar, Natalia Krimker, Sofía Barbutto,
Florencia Godoy, Denise Bernardino, Mariana Dimant, Alejandro Cipolloni

Dip, Nicolás

Movimientos estudiantiles en América Latina. Interrogantes para su historia, presente y futuro / Nicolás

Dip. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; IEC-CONADU, 2023.

Libro digital, PDF - (Que se pinte de pueblo)

ISBN 978-987-813-458-1

1. Acceso a la Educación. 2. Educación. I. Título.

CDD 306.43098

Arte de tapa: Pablo Amadeo

Diseño y diagramación: María Clara Diez



© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - IEC - CONADU | Queda hecho el depósito
que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente
la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité
Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

IEC CONADU

Pasco 255, 2º piso | C1081AAE Ciudad Autónoma de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4953 5037 int. 2 | <instituto@conadu.org.ar> | <secretaria_ied@conadu.org.ar>

Índice

Que se pinte de pueblo	7
Yamile Socolovsky y Karina Batthyány	
Agradecimientos	13
¿Qué busca este libro?	15
¿Qué son los movimientos estudiantiles?.....	17
¿Cuál es la importancia de los movimientos estudiantiles?	21
¿Qué fue la Reforma Universitaria de 1918 y cuáles son sus legados?	27
¿Existió un 68 latinoamericano?	31
¿Están vivos los movimientos estudiantiles?	39
¿Hay lugares comunes en la historia y el presente de los activismos estudiantiles?.....	53
¿Todo concluye al fin?	65
Bibliografía.....	69
Sobre el autor	83

Que se pinte de pueblo

Yamile Socolovsky y Karina Batthyány

La universidad latinoamericana y caribeña aloja una vocación política de compromiso con el destino de las mayorías populares que no ha dejado de contrariar la vocación elitista que está en su marca de origen. Si esta fue una institución destinada a la formación de las minorías que se asignaban de manera excluyente la misión de conducir el destino de las colonias y, luego, de las naciones, en ese mismo mandato se encontraría, incluso ya en la gestación de la voluntad independentista, el principio de una contradicción que ha marcado a fuego el derrotero histórico de las universidades en nuestra región.

La comprensión de la universidad como un ámbito decisivo no solo para la producción social de saberes y capacidades profesionales, científicas y técnicas, sino para la construcción de horizontes de sentido que pudiesen albergar proyectos políticos antagónicos –esto es, un espacio de disputa hegemónica– colocó a estas instituciones en el centro de las luchas que siguen oponiendo la aspiración

emancipatoria a la pretensión siempre renovada de someter a los pueblos de América Latina y el Caribe al dominio de las potencias mundiales y de las oligarquías locales con las que se asocian. La historia de la universidad latinoamericana y caribeña está signada por dicha disputa. En su desarrollo –especialmente a partir de 1918 con la Reforma de Córdoba, y en el trazo que la vincula a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI con los procesos de movilización y resistencia popular en distintos países– pudo constituirse una reivindicación identitaria que proclamó, en las Conferencias Regionales de Educación Superior de 2008 y 2018, la definición de la educación superior como un derecho humano, un bien público social y una responsabilidad de los Estados. Ello, junto a la valoración de su carácter estratégico para el desarrollo soberano con justicia social en los países de la región más desigual del mundo.

Aunque la transnacionalización del capital y la financiarización de la economía como forma más reciente del régimen de acumulación capitalista no modifican en sus coordenadas fundantes aquella cartografía regional de la dependencia y las luchas por la liberación en la que se inscribe también la universidad, es preciso advertir un cambio sustantivo producido en las últimas décadas en el territorio que exploramos. Bajo la impronta del

neoliberalismo y como expresión de esta corriente, asistimos a la expansión acelerada del sector privado, pero también a la paulatina incorporación de la lógica del mercado en la dinámica académica, junto a la incidencia creciente de las corporaciones empresariales y de la representación de intereses particulares en el diseño e implementación de las políticas públicas y los programas institucionales. Todo ello, bajo el amparo de un consenso confortable que permite a las partes enunciar la idea de que es preciso asegurar el acceso a la educación superior para todas las personas a lo largo de la vida, e incluso suscribir la afirmación de que ello constituye un derecho, mientras se desdibuja el rol de los Estados y se debilita el sentido de lo público, se segmentan los sistemas, las expectativas y las trayectorias, se establecen condiciones laborales diferenciadas en un contexto de creciente precarización del trabajo académico, y se refuerza el dispositivo de la sujeción a un circuito internacional que disciplina la disposición crítica y creativa de nuestra inteligencia colectiva. Esta situación jaquea las posibilidades de producir las transformaciones democráticas necesarias en la universidad actual, y condiciona peligrosamente su rol en la construcción de una sociedad justa e igualitaria.

En este contexto, desde CLACSO y el IEC-CONADU presentamos la biblioteca Que se pinte

de pueblo, que aborda diversos temas relevantes para la actualización de un proyecto de democratización de la universidad; porque es necesario, es urgente, perturbar esa comodidad de los discursos políticamente correctos que silencian y anulan el debate de las alternativas en disputa, preguntarnos qué se requiere hoy efectivamente para asegurar el derecho a la universidad y renovar la potencia emancipatoria de la universidad latinoamericana y caribeña.

Como decía Ernesto Che Guevara en su discurso de 1959 en la Universidad Central de las Villas, debemos preguntarnos cómo logramos hoy que la universidad “se pinte de mulato, no sólo entre los alumnos sino entre los profesores; que se pinte de obrero y de campesino...”, y que también se pinte de mulata y originaria, de obrera y campesina, y de los colores de la diversidad: “... que se pinte de pueblo”.

Probemos considerar una época como un sistema de ecos. Un tema previo que, mejor dicho, se va desintegrando en sucesivos ecos ¿Cuál es el límite de una época? Muy sencillo, el borde de todos los ecos, la última repetición empleada para esparcir una gama muy diversa de temas.

Horacio González, en *El Ojo Mocho* (1991)

Agradecimientos

A María Teresa Polo (te voy a extrañar toda la vida), a Marcela Amaro por el amor y la lectura, a Elisabeth Dip por la incondicionalidad, a Patricia Dip por la poesía, a Miriam Socolovsky por la paciencia y la edición, a Yamile Socolovsky por la generosidad y a Imanol Ordorika por el compañerismo. Sin los cursos, textos y debates compartidos con Imanol no habría sido posible este libro de bolsillo. Desde ya que todos los errores y sesgos de este trabajo corren por cuenta de quien escribe.

¿Qué busca este libro?

Este trabajo es un libro de bolsillo y un libro de bolsillo no es cualquier libro. A diferencia de los libros más tradicionales, los de bolsillo intentan condensar, en unas pocas páginas, sus temas a tratar. El de este libro no es fácil de sintetizar porque busca dar un panorama de los movimientos estudiantiles latinoamericanos desde la Reforma Universitaria de 1918 hasta las experiencias feministas contemporáneas.

Teniendo en cuenta semejante temática, la mejor manera de comenzar este libro es reconociendo la imposibilidad de su tarea. Lejos están estas páginas de querer otorgar una mirada exhaustiva y acabada sobre un colectivo que ha sido y es abordado desde múltiples flancos, temporalidades y experiencias en distintos países de la región. Existe en la actualidad una vasta bibliografía que ha sido producida por especialistas que en muchos casos fueron protagonistas en protestas estudiantiles de diversa índole y magnitud.

Frente a tal panorama, este libro busca aportar seis interrogantes para indagar y debatir la historia, el presente y el futuro de los activismos estudiantiles latinoamericanos. Sin pretensión

de considerar a las preguntas como cerradas e indispensables, se espera compartir inquietudes y referencias generales. Las respuestas a cada uno de los interrogantes intentan entregar una visión amplia y una puerta de entrada a problemáticas clave para cualquier persona interesada en el activismo estudiantil de nuestra región. Cada apartado, a su vez, concluye con un conjunto de incógnitas que esperan ser disparadores para futuras lecturas e intercambios.

Seguramente para muchas ópticas especializadas quedan afuera tópicos y experiencias relevantes. Sin embargo, las deudas de este libro de bolsillo también pueden ser una excusa para continuar discutiendo sobre la historia de los movimientos estudiantiles y sus actuales derroteros en el continente. Dejo la responsabilidad a sus lectores y lectoras de encontrar faltantes y limitaciones con el fin de generar nuevas razones para futuros encuentros colectivos.

¿Qué son los movimientos estudiantiles?

Es posible hablar de la presencia de estudiantes desde que fueron formadas las propias instituciones educativas. Sin embargo, referirse a la existencia de estudiantes no es lo mismo que hablar de movimientos estudiantiles (Bonavena y Millán, 2012). La condición de movimiento implica la organización política de los estudiantes con la finalidad de enfrentar problemáticas o enarbolar demandas que los inquietan como colectivo. Por esta razón, el surgimiento de movimientos estudiantiles conlleva la práctica política del estudiantado. Esta acción política que da origen a la condición de movimiento puede entenderse en un *continuum* que abarca desde prácticas inorgánicas y espontáneas hasta otras que se cristalizan en distintas instancias organizativas (Pronko, 1999; Celi Hidalgo, 2018).

En ese sentido, los activismos estudiantiles pueden surgir a raíz de acciones políticas más o menos espontáneas, pero para su consolidación como movimiento requieren cierto grado de organización que puede tener una mayor o menor coordinación, ser más o menos formal y estar más o menos institucionalizada. De ahí que, en términos de instancias organizativas, podemos hablar

de ámbitos como reuniones, encuentros, mitines y asambleas hasta espacios como centros, mesas, consejos, asociaciones, uniones, coordinaciones, federaciones y confederaciones. Si consideramos a este último conjunto de instancias con mayor formalidad e institucionalización, podría hacerse una cartografía de nombres y siglas que hicieron y hacen a los movimientos estudiantiles latinoamericanos: la Organización Continental Latinoamericana y Caribeña de Estudiantes (OCLAE), el Consejo Nacional de Huelga mexicano (CNH), la Federación Universitaria Argentina (FUA), la Federación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica (FEUCR), la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay (CESU), la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS), la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU) de Guatemala, la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) brasileña, la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) colombiana y la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH), por sólo nombrar algunas.

De todas maneras, la dimensión política no debe hacer perder de vista que todo movimiento estudiantil también está dado por su anclaje educacional. Si bien los estudiantes no implican necesariamente movimientos estudiantiles, sin estudiantes y sin instituciones educativas no pueden

existir estos últimos. Así, la política y la educación son las dos dimensiones centrales y constitutivas de los movimientos estudiantiles. Esta doble cara explica que sus problemáticas y demandas conjuguen reivindicaciones de tipo gremial y educacional con otras de fuerte carga política y social (Cejudo, 2019; Dip, 2022). Desde la exigencia de condiciones y becas para poder estudiar, reformar los planes de estudio, participar en el gobierno y en la orientación de las instituciones, hasta el debate de cuestiones que implican al conjunto de la sociedad, como el tipo de regímenes políticos, los modelos económicos u otros proyectos sociales y culturales más amplios.

Referirse a la existencia de movimientos estudiantiles no es un lugar común. Incluso la propia consideración de este colectivo, muchas veces, es descartada por la forma en que son entendidas las relaciones entre política y educación. Actualmente, aún se encuentran perspectivas que sostienen que la politización de los actores educativos sólo lleva a la disolución de las cuestiones y debates que hacen a su ámbito particular. Este tipo de enfoques consideran a la educación como un espacio neutral donde la interferencia de la política y de los movimientos estudiantiles no hace más que distorsionar sus funciones y finalidades. El sentido común de estos posicionamientos tiene la consigna de que

en la educación no puede haber lugar para ningún tipo de política (Ordorika, 2006; Dip, 2020a).

Frente a estas lecturas, los interrogantes sobre movimientos estudiantiles sólo pueden surgir en perspectivas que no consideren como dimensiones excluyentes a la política y a la educación. Además, es necesario romper con el falso ideal de la educación como un ámbito despolitizado y reconocer el carácter profundamente político de esas instituciones, en las cuales distintos actores y grupos disputan su organización y sus fines. Por esta razón, puede ser relevante tener en cuenta al activismo estudiantil como uno de los factores que inciden en la definición tanto de las funciones sustantivas de las instituciones educativas como de sus formas de administración y gobierno (Zermeño, 2008; Ordorika, 2018; Donoso, 2018a).

La doble cara de los movimientos estudiantiles, sin embargo, no tiene que llevar a pensar que puede otorgarse una definición de manual sobre qué son esas experiencias. Su constitución depende de cada contexto y circunstancia. Nunca están determinadas de antemano sus formas de organización, sus relaciones, sus acciones y sus demandas. Por eso, cada época es una invitación a preguntarnos: ¿Cómo construyen los estudiantes sus experiencias organizativas, sus reivindicaciones y sus movilizaciones? ¿Qué impacto tiene su accionar en la

definición y orientación de los ámbitos educativos? ¿Cuál es su grado de incidencia en los debates políticos, sociales y culturales más amplios en que están inmersos junto al resto de la sociedad? La búsqueda de respuestas a este tipo de interrogantes invita a nuevas y nuevos interesados a acercarse desde perspectivas críticas al estudio de la historia y el presente de los movimientos estudiantiles en América Latina.

¿Cuál es la importancia de los movimientos estudiantiles?

En 2018 se cumplió un doble aniversario: los cien años de la Reforma Universitaria de 1918 y los cincuenta años de los movimientos estudiantiles y populares de 1968. En ambas fechas, varios países de América Latina evidenciaron grandes protestas donde los estudiantes no sólo cuestionaron a sus instituciones educativas, sino que también propusieron el impulso de cambios políticos, sociales y culturales más amplios (Dip y Jung, 2020). En el marco de este doble aniversario, en la región se realizaron eventos, encuentros y publicaciones en los que volvió a manifestarse una pregunta

recurrente: ¿tienen incidencia y protagonismo los movimientos estudiantiles en las transformaciones sociales que ocurren en América Latina?

Desde inicios del siglo XX, este interrogante dio lugar a diversas controversias y posicionamientos. No obstante, en las décadas del sesenta y setenta tuvo una relevancia destacada, en medio del auge de las ciencias sociales y de las apuestas revolucionarias en la región. En esos años, reconocidos intelectuales como el francés naturalizado mexicano Jean Meyer (1969), el uruguayo Aldo Solari (1967), la brasilera Marialice Mencarini Foracchi (1969 y 1972) y el argentino Juan Carlos Portantiero (1971) coincidían en el cuestionamiento a la idea de que los movimientos estudiantiles eran el motor principal en los grandes cambios políticos, sociales y culturales latinoamericanos.

En el diagnóstico tenían diferentes matices. En el caso de Portantiero, Foracchi y Solari, rescataban el rol de los activismos estudiantiles en las protestas de nuestra región, pero matizaban su protagonismo. Ya sea por limitantes estructurales o por cuestiones de clase, a su entender los estudiantes por sí solos no eran capaces de encabezar o llevar adelante transformaciones de gran envergadura. Mientras que, para Meyer, el papel destacado de los estudiantes no era más que un mito. Incluso, de manera provocativa, afirmaba que en las tres

revoluciones latinoamericanas ocurridas hasta entonces los estudiantes no habían desempeñado un rol importante: “En las revoluciones mexicana y boliviana su participación fue nula, y si en Cuba se les encuentra entre los revolucionarios eso no quiere decir nada” (1969, pp. 184-185).

En el último cuarto del siglo XX, tras el retroceso de las protestas sociales en la región y el avance de los gobiernos autoritarios y dictatoriales, aparecieron apuestas intelectuales que llevaron este diagnóstico aún más allá y pronosticaron el declive e incluso el fin de los movimientos estudiantiles latinoamericanos. En 1986, el chileno de ascendencia alemana José Joaquín Brunner sentenció: “el movimiento estudiantil ha muerto, nacen los movimientos estudiantiles” (1986, p. 279). Esta afirmación, por un lado, predecía la posible desaparición de los grandes movimientos estudiantiles de los años de la Reforma Universitaria y de la década del sesenta, y por otro, preveía la futura presencia de activismos más locales y orientados únicamente a la defensa de intereses particulares.

A fines de los ochenta, el estadounidense Philip G. Altbach utilizó una argumentación similar al sostener que “en algunas naciones del Tercer Mundo, el activismo ha continuado a pesar de que la tendencia general es hacia la pasividad” (1989, p. 108). A principios de la década siguiente,

el también norteamericano Daniel Levy continuó en la misma sintonía al argumentar que “mientras otras regiones observan un aumento del activismo estudiantil en los últimos años del siglo, América Latina –que durante mucho tiempo fue vista como una región de activismo extremo– experimenta una notoria disminución” (1991, p. 145).

El cierre del siglo XX en América Latina, en un mundo que pregonaba el fin de las ideologías y las políticas neoliberales, parecía abonar a la idea de la muerte de los movimientos estudiantiles. No obstante, no tardaron en aparecer voces críticas. En el umbral de la nueva centuria, el intelectual argentino Pedro Krotsch (2002) reavivó el debate al retomar la pregunta: “¿han muerto los movimientos estudiantiles?”. A su entender, era muy difícil sostener una idea de ese tipo por dos razones: la primera, porque la participación de los movimientos estudiantiles en la vida política y educativa de América Latina no parecía haber desaparecido. En el mismo 1999-2000, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), una de las más grandes de la región, había vivenciado la huelga más larga de su historia a raíz de un movimiento estudiantil que se opuso al aumento de cuotas de inscripción en defensa de la gratuidad educativa. La segunda, porque más que hablar de la muerte de los movimientos estudiantiles había que poner

bajo sospecha a los estudios sobre la educación, los cuales pasaron a preocuparse casi exclusivamente por asuntos institucionales en detrimento de problemáticas vinculadas a los estudiantes y sus activismos. De esta manera, Krotsch reconvertía el interrogante y lo ubicaba en otro lugar: ¿qué había llevado a los intelectuales de la educación a modificar la relevancia de una cuestión que en los años sesenta había sido objeto central de atención en las ciencias sociales?

Más recientemente, tras la celebración del doble aniversario de 1918 y 1968, el académico mexicano Imanol Ordorika (2022) retomó el debate y frente a la idea de la muerte de los movimientos estudiantiles propuso un enfoque de largo plazo que resalta su activismo en cuatro ciclos de protestas que transcurren entre los siglos XX y XXI y atraviesan el sur, el centro y el norte de América Latina. El primero comprende a los años de la Reforma Universitaria de 1918 y su ramificación por la región hasta mediados del siglo XX, donde resaltan las protestas por la participación de los estudiantes en los órganos de gobierno y la lucha por la autonomía universitaria. El segundo ciclo está vinculado a los tumultuosos sesenta y setenta, en los que algunos activismos estudiantiles se implicaron en proyectos revolucionarios más amplios y/o discutieron reformas educativas propagadas por los

Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría. El tercero comprende las décadas del ochenta y noventa y comprende desde movimientos estudiantiles que reclamaron la democratización de países dictatoriales y autoritarios, hasta experiencias que enfrentaron políticas de ajustes estructurales en la educación. Mientras el cuarto y último ciclo se extiende de principios del siglo XXI a la actualidad y abarca un conjunto de protestas diversas, como las demandas por acabar con la mercantilización de la educación y las políticas neoliberales; las protestas contra la inseguridad en los planteles educativos; y las reivindicaciones por erradicar la desigualdad y la violencia de género.

Más allá de las distintas posturas e intervenciones abordadas hasta el momento, no cabe duda de que la pregunta sobre la importancia de los movimientos estudiantiles en la historia y en la actualidad de América Latina sigue abierta y a la espera de nuevas intervenciones. Quizás una manera de generar nuevas instancias de debate a futuro sea la de prescindir de visiones dicotómicas y de homenajes autocelebratorios. Lo primero puede ser productivo para distanciarse de dos tendencias antagónicas: la de sobrestimar el rol de los movimientos estudiantiles sin tener en cuenta sus obstáculos y limitaciones, como la de negarles su efectiva incidencia dentro de las disputas político-educativas

de la región. Mientras lo segundo puede ayudar a relegar los homenajes de fechas emblemáticas, como 1918 y 1968, que en ocasiones sólo hacen una lectura acrítica del pasado y meramente celebratoria. Más que homenajes, la conmemoración de hitos clave necesita ser una oportunidad para motorizar debates, iluminar zonas menos exploradas, formular nuevas preguntas o retomar viejas que aún no han sido respondidas o (re)formuladas en las épocas actuales (Agüero y Eujanian, 2018).

¿Qué fue la Reforma Universitaria de 1918 y cuáles son sus legados?

La Reforma Universitaria se originó en Argentina a principios del siglo XX. Una huelga prolongada de estudiantes y graduados recientes trastocó la organización y el gobierno de la Universidad de Córdoba en 1918. Los reformistas plasmaron sus reclamos más importantes en el *Manifiesto Liminar* que redactó el intelectual Deodoro Roca para la gaceta de la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) y en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes celebrado en la ciudad mediterránea en ese mismo año (Funes, 2021; Carli, 2008).

El *Manifiesto Liminar* llamaba a una nueva hora americana encabezada por las jóvenes generaciones y proclamaba la ruptura de la última cadena de dominación monárquica y monástica que permanecía en pleno siglo XX. Pero en lo estrictamente universitario, sus propuestas eran muy claras y limitadas. El principal reclamo del movimiento reformista hacía hincapié en que el *demos* de la universidad recaía en los estudiantes, por eso era necesario garantizar su participación en el gobierno de la misma. A lo que sumaban la necesidad de establecer la libertad de cátedra para acabar con el autoritarismo académico y pedagógico. En la actualidad, muchos otorgan a la Reforma principios y consignas que no estaban entre las reivindicaciones originales, como la autonomía y el ingreso gratuito a la enseñanza. Aunque estas demandas pasaron a integrar rápidamente su repertorio, junto a otras paradigmáticas como la extensión universitaria u otras más osadas como el establecimiento de universidades populares (Dip, 2018a).

En los relatos historiográficos sobre la Reforma aparece la idea recurrente de que la intervención política de los movimientos estudiantiles en América Latina debe entenderse a partir de las protestas de 1918, que comenzaron en Argentina y luego se ramificaron por el sur, el centro y el norte de América Latina. No obstante, si bien es innegable

la relevancia de la Reforma Universitaria en la historia de los activismos estudiantiles latinoamericanos, sería un error entenderla como un parteaguas carente de antecedentes y un problema considerarla como una identidad fija, cristalizada en principios inamovibles.

Un error, porque no era la primera vez que la principal demanda del movimiento estudiantil reformista se discutía en el ámbito político y académico. Antes de la Reforma, estuvo el 1908 uruguayo. En ese año, el Primer Congreso de Estudiantes Americanos, reunido en Montevideo, ya había exigido públicamente el derecho de los estudiantes a participar en los órganos de gobierno universitario. El encuentro tuvo una repercusión inmediata en el país anfitrión, el cual, el 31 de diciembre de 1908, aprobó una ley orgánica universitaria que reconocía un consejero estudiantil (Cuadro Cawen, 2018).

Y un problema, porque la Reforma Universitaria siempre estuvo y está en disputa. Desde 1918 y hasta la actualidad la pregunta sobre qué fue, qué implicó y qué legó la gesta reformista en América Latina tiene diferentes respuestas según las épocas, las distintas fuerzas que la reivindican y los diversos adversarios que la combaten. Durante los primeros años, algunos sectores sostuvieron que la Reforma Universitaria implicaba una corriente apolítica que debía mantenerse al margen de problemáticas

externas a la educación. Esta posición fue la que resultó mayoritaria en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes realizado en Argentina en 1918 (Buchbinder, 2008).

No obstante, no fue la que tuvo mayores repercusiones cuando el reformismo comenzó a ramificarse por América Latina. La opción más influyente entendía que no podía haber Reforma Universitaria sin un cambio político y social más amplio. En estos casos, el reformismo amplió sus horizontes y se implicó en la formación de partidos de izquierda y nacional-populares en América Latina, como la Alianza Popular Revolucionaria Americana con Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui en el Partido Socialista Peruano y Julio Antonio Mella en el Partido Comunista Cubano. Estos antecedentes incluso se ramifican a la experiencia de Fidel Castro con el Movimiento 26 de Julio (Portantiero, 1978; Bustelo, 2018).

Estas diferentes improntas que tuvo la experiencia de 1918 desde sus inicios sugieren que, más que hablar de la Reforma Universitaria como un programa clausurado y del reformismo como un actor homogéneo, puede ampliarse el horizonte de debates si nos interrogamos por los diversos usos y apropiaciones que hicieron de su legado los movimientos estudiantiles que aparecieron en América Latina en épocas posteriores. Esta cuestión abre

un conjunto de interrogantes clave que hacen a la historia y el presente del reformismo en la región ¿Cómo fue interpretada y resignificada la Reforma Universitaria por las distintas generaciones de movimientos estudiantiles que transcurren entre los siglos XX y XXI? ¿Cómo mutó la principal demanda de 1918 en los distintos contextos que atravesaron los movimientos estudiantiles hasta el día de hoy? ¿De qué manera se entiende en la actualidad la participación política de los y las estudiantes en los órganos de gobierno de las universidades? ¿Se hizo efectiva esta demanda en las universidades latinoamericanas actuales? ¿La siguen sosteniendo los movimientos estudiantiles como parte de su agenda? ¿Existe hoy una agenda reformista? ¿O la idea de Reforma fue apropiada y resignificada por otros actores políticos y educativos?

¿Existió un 68 latinoamericano?

Además de la Reforma Universitaria de 1918, otro año emblemático en la historia de los movimientos estudiantiles de América Latina es 1968. Aunque esa fecha no siempre fue captada de esa manera y, aún en la actualidad, existen ocasiones en que es

utilizada para narrar un clima de protesta global signado por la Guerra Fría en los sesenta y setenta, pero haciendo énfasis en lo ocurrido en Europa y Estados Unidos. Desde esta óptica, el protagonismo del activismo estudiantil se vincula casi exclusivamente con el Mayo Francés y con las agitaciones ocurridas al interior de los campus de las universidades estadounidenses, en el marco de lucha por los derechos civiles y la oposición a la Guerra de Vietnam. No obstante, estudios clásicos y recientes que se han producido en la región lograron captar la especificidad latinoamericana de ese año mostrando que existió un 68 propio (Zermeño, 1978; Markarian, 2012; Bonavena y Millán, 2018; Dip, 2020b; Donoso, 2020a).

Si se toman como eje las protestas de los movimientos estudiantiles, esa fecha puede concebirse en América Latina desde dos ángulos. El primero es referirse a 1968 como un año particular signado por protestas estudiantiles amplias y simultáneas en países como México, Brasil y Uruguay. El segundo, en cambio, es captar a 1968 como un símbolo que expresa una variedad de problemáticas y debates que atravesaron a los movimientos estudiantiles latinoamericanos en las décadas del sesenta y setenta en su conjunto.

En tanto fecha particular, el año 68 expresa una dinámica donde el auge de las protestas

estudiantiles se vinculó a demandas sociales y a sectores populares más amplios, pero a la vez tuvo como correlato un aumento de la represión por parte del Estado. Para el caso de México, el movimiento estudiantil dirigido por el Consejo Nacional de Huelga (CNH) exigió libertades democráticas a un régimen político encabezado por el presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) y monopolizado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI). En vísperas de la celebración de los XIX Juegos Olímpicos en Ciudad de México, el 2 de octubre fueron masacrados estudiantes por la fuerza pública en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco. La identidad de los perpetradores, así como el verdadero número de víctimas, no han sido esclarecidas hasta la actualidad (Draper, 2018; Pensado, 2018; Ramírez Zaragoza, 2018).

En Brasil también se realizaron manifestaciones masivas de estudiantes en 1968 tras conocerse el 28 de marzo el asesinato del estudiante secundario Edson Luís a manos de la policía. Las protestas contra la dictadura militar que ya llevaba cuatro años en el poder fueron de tal magnitud que se verificaron en más de veinte ciudades del país. No debe perderse de vista que sólo en el funeral de Edson Luís en Río de Janeiro se concentraron alrededor de 50 mil personas. A estos acontecimientos les siguieron dos oleadas nacionales de protesta:

una en junio que terminó con un número indeterminado de muertos y con la “marcha de los cien mil” realizada en Río de Janeiro el 26 de ese mismo mes. Y otra en octubre, en repudio por los cerca de mil estudiantes presos en Ibiúna, en el interior del estado de São Paulo, a raíz de su participación en el 30° Congreso de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) (Donoso, 2018b).

Mientras en el país conosureño, entre mayo y octubre de 1968, se movilizaron la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria (CESU) y la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) junto a los sindicatos obreros, contra las medidas represivas y autoritarias del gobierno de Jorge Pacheco Areco (1967-1972). Durante esas jornadas de protesta, los enfrentamientos entre manifestantes y policías tuvieron un saldo de tres estudiantes asesinados en menos de una semana. En la actualidad, Uruguay rememora “el día de los mártires estudiantiles” todos los 14 de agosto por el asesinato del estudiante Líber Arce en 1968 (Markarian, 2019; Demasi, 2019).

No obstante, en América Latina puede concebirse a 1968 como más que un año en un calendario y ser abordado en su dimensión simbólica. Esto implica entenderlo como un hito que hace referencia y sintetiza un conjunto de problemáticas que signaron a los activismos estudiantiles en las décadas

del sesenta y setenta. Esta dimensión simbólica de 1968, en parte, es producto de que en esa fecha se cumplieron los cincuenta años de la Reforma de Córdoba. El aniversario llevó a varios grupos estudiantiles a preguntarse por cuáles eran sus herencias y qué vigencia tenían en ese nuevo contexto. Las respuestas y discusiones en torno a esos interrogantes cristalizaron cuestiones que marcaron a los activismos estudiantiles tanto en momentos precedentes como posteriores a 1968. Desde las controversias sobre su relevancia e injerencia en las protestas populares y en las apuestas revolucionarias de esos años, hasta su intervención en las disputas sobre el papel que debían cumplir los centros educativos y las universidades en el marco de la Guerra Fría en América Latina.

En las décadas del sesenta y setenta, varios sectores estudiantiles señalaron que la Reforma en sí misma no bastaba o ya estaba caduca y, por lo tanto, se hacía necesaria una inserción de los estudiantes en movimientos o en apuestas políticas más amplias por el cambio social. Este diagnóstico se expresó en dos consignas: la unidad obrero-estudiantil y la opción por la lucha armada. La primera se manifestó en protestas o levantamientos populares donde confluyeron los estudiantes con trabajadores. Una de las imágenes icónicas de esta confluencia se retrotrae a 1969 en Argentina con el

Cordobazo. En la misma ciudad donde se originó la gesta reformista, más de cinco décadas después, estudiantes y obreros se unieron frente a una dictadura que había erradicado la autonomía universitaria y afectaba derechos laborales.

La segunda consigna, en cambio, tenía el trasfondo de la propia Revolución Cubana que había encabezado Fidel Castro en 1959 y luego se galvanizó con la muerte del Che Guevara en Bolivia en 1967. En este marco, los activismos estudiantiles no sólo fueron una cantera de donde salieron militantes y dirigentes de las organizaciones armadas que se ramificaron por distintos puntos de América Latina, sino que también surgieron grupos estudiantiles en vinculación con ellas. Sin agotar el listado de casos, podemos nombrar al Movimiento Universitario de Izquierda que surgió en la Universidad de Concepción en Chile y fue el brazo estudiantil del Movimiento de Izquierda Revolucionaria que dirigió Miguel Enríquez (Duharte Solís, 2021). O a la agrupación estudiantil conocida como “Los Enfermos” de Sinaloa que integró la Liga Comunista 23 de Septiembre (Sánchez Parra, 2012), la organización armada mexicana más grande de ese tiempo, o a la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) que actuaron como la rama estudiantil de Montoneros en Argentina (Dip, 2018b).

Sin embargo, la vía popular y la opción armada no fueron los únicos debates en que se vieron involucrados los movimientos estudiantiles. También en los años sesenta y setenta discutieron las políticas educativas propagadas por los Estados Unidos a través de fundaciones y consultores. Especialmente fue un blanco de críticas del activismo estudiantil el asesor estadounidense Rudolph Atcon (1921-1995) quién participó en experiencias de reforma educativa en países como Brasil, Chile, Honduras, Colombia y Venezuela. El famoso “Informe Atcon” proponía que los centros de enseñanza fueran formadores de técnicos al servicio del mercado y erradicar de plano la participación política de los estudiantes en ellos. Además, planteaba que las instituciones educativas debían mantenerse con sus propios fondos y no recibir ningún tipo de financiamiento por parte del Estado (Jung, 2019).

Frente a este escenario signado por la Guerra Fría en América Latina, algunos sectores del activismo estudiantil propusieron retomar o actualizar el principal legado de la Reforma de Córdoba. La propia creación de la Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes (OCLAE) en Cuba durante 1966, no sólo enarbolaba la bandera de la lucha “antiimperialista y revolucionaria”, sino que también mostraba su preocupación por las temáticas reformistas del cogobierno y la autonomía

universitaria. Otro caso importante en este aspecto fue el del movimiento estudiantil chileno. En 1967 encabezó una reforma universitaria que comenzó en la Universidad Católica de Valparaíso y al año siguiente se trasladó a la Universidad de Chile. En medio de protestas y tomas de instituciones, los estudiantiles lograron tener representación política en el gobierno de las universidades y poder participar en la elección directa de autoridades (Dip y Villar Vásquez, 2022). Colombia, por su parte, también fue un escenario de fuertes agitaciones estudiantiles en 1971-1972, las cuales criticaron duramente al modelo universitario inspirado en el ideario de Atcon y los organismos internacionales vinculados a Estados Unidos. Frente a ellos, plantearon el recordado “Programa Mínimo”, donde una de sus principales demandas era la participación de los estudiantes y la instauración del cogobierno en los centros educativos (Archila, 2012; Acevedo Tarazona y Correa Lugos, 2015).

A más de medio siglo, 1968 puede continuar generando interrogantes tanto si se lo concibe como un año particular o en una dimensión simbólica que abarca las décadas del sesenta y setenta en su conjunto. Las experiencias de esa etapa de la historia reciente de América Latina fueron tan intensas y sugestivas que dejan preguntas medulares a los estudios y debates sobre los derroteros que

transitan hoy los movimientos estudiantiles en la región. ¿Tienen vitalidad y presencia en el escenario político y educativo del presente? ¿Se vinculan con protestas políticas y sociales más amplias? ¿Siguen combinando en sus agendas de reivindicaciones demandas políticas y educativas? ¿Tienen injerencia en los proyectos educativos que se debaten en cada país y en la región en general? ¿Los movimientos estudiantiles recuerdan y reivindican en el presente a las experiencias de 1968? ¿Qué tipo de visión tienen de lo ocurrido en ese año y en las décadas del sesenta y setenta en su conjunto?

¿Están vivos los movimientos estudiantiles?

Cuando se cumplieron en 2018 los cien años de la Reforma de Córdoba y el cincuentenario de 1968, muchas intervenciones hacían énfasis en que los movimientos estudiantiles latinoamericanos vivían un momento de repliegue y ya no exhibían la potencia política que habían suscitado en las épocas rememoradas (Celis Hidalgo, 2018). Estas acotaciones, sin embargo, no eran novedosas. Desde los años ochenta existían este tipo de diagnósticos, que se agudizaron durante la década del noventa

en un contexto signado por el derrumbe de los socialismos reales y el predominio de las políticas neoliberales.

A fines del siglo XX en América Latina rondaba la pregunta: ¿han muerto los movimientos estudiantiles? El interrogante se topó rápidamente con la huelga y la toma más extensa en la historia de una de las instituciones latinoamericanas de mayor magnitud, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Durante diez meses, del 20 de abril de 1999 al 6 de febrero de 2000, el Consejo General de Huelga (CGH) encabezó la protesta contra el intento de incrementar las cuotas de inscripción por parte las autoridades de la UNAM en colisión con el gobierno federal. Si bien la huelga terminó con la detención de activistas estudiantiles y la violación de la autonomía universitaria en manos de la Policía Federal, gracias a la protesta, la institución continúa siendo gratuita hasta la actualidad. Aunque esta conquista no pudo ser acompañada de una mayor participación de los estudiantes, profesores y personal no académico en la toma de decisiones de la universidad, ya que no se logró la realización de un nuevo congreso universitario (Meneses, 2019).

No obstante, sería un error considerar a la Huelga del 99 en la UNAM como una irrupción carente de antecedentes tanto en el propio México como en el resto de América Latina. En la escena

mexicana, los años ochenta se caracterizaron por reformas estructurales impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) que buscaban reducir severamente el gasto en educación y generar una crisis en las universidades públicas. El rector de la UNAM de ese entonces, Jorge Carpizo, intentó aumentar las cuotas de matrícula, restringir los criterios de ingreso y asistencia, e introducir evaluaciones estandarizadas, entre otras modificaciones. Frente a estas medidas, entre octubre de 1986 y febrero de 1987, un movimiento estudiantil de masas encabezado por el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) detuvo con éxito las reformas de Carpizo. Además, logró generar consenso para la realización de un congreso universitario donde se discutieran cambios más profundos, como la participación de los estudiantes en el gobierno de las casas de estudio y en la designación de sus autoridades. No obstante, cuando el congreso finalmente se desarrolló en 1990, el movimiento estudiantil había menguado sus fuerzas y ya no poseía la capacidad para impulsar la democratización de la universidad (Ordorika, 2006 y 2019).

La década del ochenta en América Latina también estuvo marcada por la irrupción de movimientos estudiantiles que enfrentaron gobiernos militares y autoritarios en distintos países, como Argentina, Chile, Brasil, Guatemala, El Salvador,

Paraguay y Uruguay, entre otros. En esos años, los activismos del estudiantado reclamaron desde la democratización de sus regímenes políticos hasta la autonomía universitaria, el cogobierno, la libertad de cátedra y el restablecimiento de sus órganos representativos, los cuales habían sido clausurados por políticas represivas que, en varios casos, implicaron la desaparición sistemática de personas y la violación de derechos humanos (Toro Blanco, 2018; Pogliaghi, 2019; González Vaillant y Markarian, 2021; Ordorika 2022).

En la década de los noventa, se sumó el activismo contra las políticas neoliberales y los ajustes estructurales a la educación que venía propiciando el FMI desde años anteriores, los cuales buscaban reducir el presupuesto en el ámbito público, limitar el acceso a la universidad mediante el establecimiento de aranceles y robustecer las instituciones privadas, entre otras medidas. En esta etapa, signada por el estancamiento de la matrícula en la educación superior de América Latina, los militantes estudiantiles tuvieron que enfrentar discursos oficiales que consideraban a las universidades públicas como “nichos burocráticos” y “huecos” donde predominaba la “politiquería” (Celi Hidalgo y Moreno Yáñez, 2017).

El asedio a la educación pública y la estigmatización sufrida por quienes lo resistieron en los años

noventa, abonaron en el nuevo siglo a las intervenciones que resaltaban el repliegue, la impotencia e incluso el deceso de los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Las declaraciones de defunción, sin embargo, eran más un anhelo que una realidad. En los albores del siglo XXI, en Chile ocurrió la movilización de estudiantes secundarios más importante de su historia bautizada como “Revolución Pingüina”, por los colores de su uniforme escolar (camisa blanca, vestón o jumper azul oscuro, casi negra) que los asimila a esas aves marinas. Este movimiento surgido en 2006 logró establecer un organismo único y democrático llamado Asamblea Nacional de Estudiantes Secundarios (ANES) que mediante asambleas, tomas y marchas multitudinarias enarboló el derecho a la educación en respuesta a la privatización y el arancelamiento del sistema que había legado la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990) (Berríos y Tapia, 2019).

En 2011 estas demandas volvieron nuevamente al centro de la escena chilena, pero esta vez con el protagonismo de los militantes estudiantiles universitarios. La poderosa Confederación de Estudiantes Chilenos (CONFECH) logró generar un amplio consenso social a favor de hacer gratuita la educación superior y la desaparición de las instituciones con fines de lucro. El amplio apoyo popular obtenido le permitió modificar el balance

del poder político en el país y generó condiciones para el triunfo de la izquierda en las elecciones presidenciales de 2013. Varias de las personas que lideraban el movimiento estudiantil fueron electas al Congreso y se implementaron reformas que permitieron a un gran número de estudiantes, en situaciones económicas precarias, acceder gratuitamente a las universidades (Durán Migliardi, 2012; Urra Rossi, 2012; Cañas Kirby, 2016; Lloyd, 2019).

No obstante, el legado de los movimientos estudiantiles chilenos de 2006 y 2011 es aún más profundo. En 2019 los estudiantes secundarios volvieron a transformarse en protagonistas cuando iniciaron las evasiones y movilizaciones que precedieron a la revuelta y rebelión popular del 18 de octubre de ese año. El desenlace de todo este proceso fue la elección de Gabriel Boric, uno de los principales dirigentes de las movilizaciones estudiantiles de 2011, como el presidente más joven de Chile. Su asunción, el 11 de marzo de 2022, marca un hito histórico porque exhibe el pasaje directo que transitaron diferentes líderes y activistas estudiantiles que formaban parte de varias fuerzas de izquierda a los primeros puestos de la política nacional. El caso de Boric no es el único y podrían tomarse en consideración otros ejemplos, como el de Camila Vallejo, quien fue ex presidenta de la Federación de Estudiantes

de Chile (FECH) en el período 2010-2011 y en 2022 la designaron como Secretaria General del Gobierno de Chile.

El caso paradigmático del país trasandino no agota la geografía de protesta de los movimientos estudiantiles latinoamericanos en el siglo XXI. El 2011 también fue un año en el cual surgió un activismo estudiantil de gran envergadura en Colombia. En esa fecha, el gobierno del presidente Juan Manuel Santos promovió reformas a la Ley 30 de 1992 que regulaba la educación superior del país. Militantes universitarios cuestionaron la propuesta gubernamental por las restricciones que pretendía imponer al autogobierno universitario y por su tendencia privatista. Además, criticaban los criterios propuestos para “optimizar” los recursos humanos, la infraestructura de las instituciones públicas, la inversión de fondos estatales en universidades privadas y el sistema de vales escolares. Con el propósito expreso de dirigir la lucha contra el proyecto de reforma, en 2011 se creó la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE). Luego de distintos debates, protestas, paros masivos y una huelga de todas las universidades públicas, la presión que recibió el gobierno alcanzó tal magnitud que finalmente el presidente Santos retiró la iniciativa (Archila, 2012; Cruz Rodríguez, 2012; Acevedo Tarazona y Correa Lugos, 2015; López Mejía, 2019).

Las grandes protestas estudiantiles de Chile y Colombia de 2011 se desarrollaron contemporáneamente a un conjunto de movimientos de escala global y con un fuerte componente juvenil. Estas experiencias acordaron “ocupar” espacios públicos de manera pacífica y centraron sus críticas en las políticas neoliberales de recortes del gasto de bienestar social. Dos de los más destacados fueron el *Occupy Wall Street* en Nueva York y el movimiento 15-M de España, también conocido como “los indignados”. Estas protestas masivas recibieron una gran cobertura mediática en todo el mundo y fueron catalizadas por causas similares: el deterioro en los servicios de salud pública y de seguridad social, el aumento del desempleo y, en algunos casos, la crisis de los préstamos estudiantiles. Este tipo de movilizaciones se multiplicaron en ciudades y países de los cinco continentes. Sin embargo, encontraron respuesta a sus demandas en muy contadas ocasiones (González-Ledesma y Vera, 2019; Montiel Martínez, 2020).

En este contexto mundial turbulento, otros movimientos estudiantiles latinoamericanos de fuerte impacto público en el siglo XXI, como los de Chile y Colombia, tuvieron lugar en México durante 2012 y 2014. El primero se conoció como *#YoSoy132* e irrumpió inesperadamente tras las protestas en la Universidad Iberoamericana contra el entonces

candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Enrique Peña Nieto.¹ Este movimiento expresaba un recambio generacional que combinaba el uso de nuevas tecnologías de comunicación (redes sociales) con un discurso que enfatizaba una política al alcance de cualquiera, basada en asambleas, sin líderes ni discursos autorizados. El *#YoSoy132* destacaba por su capacidad de criticar el vínculo entre el autoritarismo del régimen político y el monopolio informativo de los grandes medios de comunicación. Sin embargo, las acciones concretas de la Asamblea General Interuniversitaria que nació en la misma dinámica del proceso se orientaron a impedir el retorno al poder del PRI. A pesar de su intenso activismo

1 El 11 de mayo de 2012, Enrique Peña Nieto se presentó en un acto en la Universidad Iberoamericana y los estudiantes cuestionaron su papel en la represión en San Salvador Atenco y el pasado autoritario del PRI. En medio de protestas, Peña Nieto huyó del auditorio. Varios políticos declararon a los medios que quienes participaron no eran estudiantes, sino infiltrados instigados por el candidato de oposición. Indignados, los estudiantes difundieron una convocatoria en Facebook para que sus compañeros subieran videos mostrando su credencial universitaria, como parte de una campaña llamada “131 estudiantes de la Ibero responden”. La mayoría de las universidades públicas del país se unieron al movimiento con la consigna *#YoSoy132* (Ortega Erreguerena, 2015).

a favor de una democracia participativa, este objetivo no pudo ser cumplido, Peña Nieto terminó electo como presidente y el movimiento comenzó a disiparse tras las elecciones de 2012 (Estrello y Modonesi, 2012; Santoyo, 2015; Amozurrutia, 2019; Dip 2022).

El segundo movimiento surgió en 2014 cuando el 26 de septiembre de ese año fueron atacados violentamente estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa en el estado de Guerrero por policías y el Ejército en contubernio con grupos del crimen organizado. Seis personas fueron asesinadas (una de ellas era estudiante) y cuarenta y tres estudiantes fueron secuestrados y continúan desaparecidos hasta la actualidad. Estos crímenes perpetrados contra algunos de los estudiantes más pobres de la educación superior mexicana adquirieron notoriedad internacional y fueron condenados por estudiantes, políticos y celebridades en muchos países. Esta experiencia si bien fue y es un movimiento más amplio centrado en la defensa de los derechos humanos y en la denuncia de los crímenes del Estado, sus acciones y protestas de 2014 tuvieron una composición ampliamente juvenil y estudiantil, como lo atestiguan el protagonismo de la histórica Federación de Estudiantes Socialistas Campesinos de México (FECSM) y de la Asamblea Interuniversitaria surgida al calor de las

movilizaciones. A pesar de los reclamos y el tiempo transcurrido, hasta el día hoy no existe una versión creíble de qué sucedió con los estudiantes y quiénes fueron responsables de estos hechos (Ordorika y Gilly, 2014; González Contreras, 2018; López Macedonio, 2020)

El trazado de una cartografía exhaustiva sobre la geografía de protesta de los movimientos estudiantiles latinoamericanos en el siglo XXI es una tarea pendiente. No obstante, los casos señalados anteriormente ponen en cuestión la idea de la pérdida de vitalidad de los activismos estudiantiles en la región que aún se escuchaba en 2018 al celebrarse el doble aniversario de la Reforma de 1918 y de las experiencias de 1968. Incluso si se considera el período que transcurre entre fines de la segunda década del siglo XXI y comienzos de la tercera, puede observarse que militantes estudiantiles han participado activamente en movimientos sociales más amplios en América Latina. No sólo por el ya citado caso de la rebelión popular en Chile y la posterior elección de Boric como presidente, sino también por las protestas de 2018 en favor de la democracia y contra el autoritarismo en Nicaragua.

Al año siguiente, en Honduras, las movilizaciones primero se opusieron a la privatización de la salud y la educación y luego se convirtieron en una revuelta antigubernamental que terminó con

decenas de personas asesinadas a raíz de la represión con que fueron contrarrestadas. Colombia, por su parte, no estuvo exenta de grandes protestas donde participaron estudiantes durante el gobierno de Iván Duque Márquez (2018-2022). Entre octubre y diciembre de 2018, activistas de universidades públicas y privadas impulsaron un paro nacional universitario por la crisis de financiamiento a la educación. A los tres años de esas movilizaciones, se desencadenó el “estallido social” de Colombia, donde una serie de manifestaciones masivas y multisectoriales se opusieron a la reforma tributaria regresiva del gobierno. La respuesta, como en los casos nombrados anteriormente, fue la represión constante a los manifestantes.

El pasaje de la segunda a la tercera década del siglo XXI también se caracterizó por un creciente protagonismo de las experiencias estudiantiles feministas en el sur, centro y norte de América Latina, en países como Argentina, Chile, Guatemala y México, por nombrar algunos. Sus demandas priorizaron las denuncias contra la violencia hacia las mujeres y las cuestiones de género al interior de los planteles educativos, en sintonía con movimientos feministas más amplios a nivel regional e internacional. En la actualidad, la creciente presencia de estas militancias ha llevado afirmar que las mismas impulsan un “doble anclaje de los procesos de

institucionalización de la perspectiva de género” en los ámbitos educativos (Cerva, 2020). El concepto hace referencia a que los activismos feministas contemporáneos participan, por una parte, en la producción de conocimientos sobre las desigualdades de género al interior de las instituciones y, por otra, en los cambios que promueven políticas de igualdad y de erradicación de la violencia.

Bajo este panorama, se produjeron cambios en las estructuras “clásicas” del estudiantado, como la elección de Lenina Amapola García como primera Secretaria General en la historia de la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU) de la Universidad de San Carlos de Guatemala en 2017, pero también aparecieron nuevas experiencias como las colectivas feministas de base. Sus prácticas ponen en cuestión la tradicional organización estudiantil basada en liderazgos masculinos, con una comunicación horizontal, sin referentes visibles, con decisiones consensuadas en asambleas y distintas estrategias de confrontación/diálogo con las autoridades educativas (Cerva, 2020; Di Napoli, 2021). Aun cuando las cuestiones de género son la esencia de esta lucha, muchas participantes comparten una fuerte crítica a las desigualdades sociales y económicas producidas por las políticas neoliberales, en consonancia con otros movimientos latinoamericanos contemporáneos (Ordorika, 2022).

En este escenario recorrido desde las últimas décadas del siglo XX a las primeras del XXI, no se busca resaltar acriticamente a los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Este trazado a gran escala intenta cuestionar el otro extremo del diagnóstico, aquel que sostiene la idea de la pérdida de vitalidad y hasta de la apatía política de los y las estudiantes. Lejos de esas visiones tendenciosas, la escena contemporánea evidencia la aparición de luchas estudiantiles que muestran creatividad, vitalidad e incluso trascendencia de sus propios marcos, cuando confluyen con movimientos de protestas más amplios y multisectoriales.

No obstante, el contexto actual, signado por las adversidades de la pandemia del covid-19 y el turbulento escenario político latinoamericano, deja preguntas que quedan abiertas hacia el futuro de los movimientos estudiantiles en la región. ¿Cómo atravesaron los activismos estudiantiles esos años en que las instituciones educativas permanecieron en su gran mayoría cerradas y funcionando a distancia? ¿Cómo terminará la experiencia del gobierno chileno encabezado por varias políticas y políticos que fueron dirigentes y activistas estudiantiles en años recientes? ¿Surgirán nuevas experiencias de confluencia entre estudiantes y movimientos políticos, sociales y culturales más amplios? ¿Las protestas feministas contemporáneas concluirán en

una transformación de las estructuras clásicas del estudiantado basadas en liderazgos masculinos y en reformas de las instituciones educativas acordes a la reclamada igualdad de género?

¿Hay lugares comunes en la historia y el presente de los activismos estudiantiles?

Los relatos sobre la historia y la actualidad, muchas veces, encierran lugares comunes: ideas, visiones y anécdotas que se utilizan recurrentemente para explicar ciertos casos particulares o procesos generales. A los lugares comunes no necesariamente debe asignárseles una connotación negativa. En varias oportunidades, esas perspectivas que se repiten en el tiempo ayudan a construir bases compartidas de entendimiento ante determinados hechos o expresan creencias arraigadas que hacen al funcionamiento de colectivos más amplios. Sin embargo, y a pesar de sus potencialidades, en ocasiones obturan nuevas miradas de la sociedad u ocultan experiencias que están en un segundo plano a raíz de relaciones de poder y dominación, que crean desigualdades y hacen visibles ciertos casos más que otros.

Esta última dimensión de los lugares comunes tiene diversos ecos en los abordajes sobre la historia y el presente de los movimientos estudiantiles en América Latina: desde visiones recurrentes que ocultan el protagonismo de las mujeres y reducen las identidades políticas de los activismos del estudiantado a las izquierdas, hasta diagnósticos que privilegian a ciertos países de la región en detrimento de otros y desdeñan a las experiencias contemporáneas por no adecuarse a formas organizativas que se consideran “históricas” y “legítimas”.

En la actualidad, cada vez más voces advierten la visión masculinizada que impregna a las historias y memorias sobre los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Esto hace referencia a perspectivas que ocultan y silencian la intervención de las mujeres en las experiencias políticas del estudiantado.² En tiempos recientes, varias investigadoras han elaborado nuevas miradas que escapan a esos sesgos de género. Vale la pena destacar los abordajes novedosos sobre tres fechas emblemáticas en la historia estudiantil

2 En esas omisiones, olvidos y borraduras actúa lo que Elizabeth Jelin (2002) llama “el género en las memorias”, una operación que privilegia los valores masculinos en este tipo de transmisiones intergeneracionales.

latinoamericana: 1908, 1918 y 1968. Como vimos en apartados anteriores, en la primera fecha se realizó el Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos en Uruguay. Este evento fue un antecedente central de la Reforma Universitaria iniciada en Argentina diez años después, dado que planteó una de sus demandas principales: la necesidad de garantizar la participación de los estudiantes en los órganos de gobierno de las instituciones educativas (Cuadro Cawen, 2018).

A pesar de las animadversiones que generaba en esa época el ingreso de las mujeres a la educación superior, desde fechas tempranas lucharon por ampliar su presencia y tener un mayor protagonismo. En el propio congreso de 1908 que derivó en la creación de la Liga de Estudiantes Americanos, destacó la participación de la estudiante de abogacía Clotilde Luisi, quien formó parte de la delegación uruguaya. Su hermana, Paulina Luisi, obtuvo en 1908 el primer título en medicina otorgado a una mujer por la Universidad de Montevideo, mientras la propia Clotilde fue la primera graduada en abogacía tres años después. Ambas hermanas provenían de una familia de inmigrantes liberales y eran defensoras de una educación laica e igualitaria para las mujeres (Cuadro Cawen, 2018).

En América Latina correspondió a las universitarias feministas la defensa de las demandas que

buscaban garantizar su acceso a la educación superior. Sin embargo, fue un camino arduo y plasmado de obstáculos. La propia Reforma de 1918 no contempló entre sus demandas el ingreso de las mujeres a las universidades. A pesar de que entre la segunda y la tercera década del siglo XX ya existían varias estudiantes y graduadas, así como espacios feministas que luchaban por sus derechos, se registran escasas mujeres dentro del listado de dirigentes reformistas en la región. Según estudios actuales, la Reforma ocurrida en Cuba en 1922 fue la más destacada en ese aspecto. Ese año la estudiante Ofelia Paz asumió la presidencia de la Asociación de Farmacia y Sarah Pascual, de Derecho, se destacó como educadora de la Universidad Popular José Martí. Esta institución fue fundada a instancias del mismo proceso reformista que encabezó Julio Antonio Mella (Hatzky, 2008; Bustelo, 2018).

El año 1968, otro de los hitos en la historia del activismo estudiantil latinoamericano, tampoco está exento de relecturas. Un caso relevante por su magnitud es el del 68 mexicano. Frente a las historias y memorias que resaltan asiduamente el protagonismo de los líderes masculinos, surgieron en los años noventa y en décadas recientes otras ópticas que cuestionan esas visiones con sesgo de género. Gracias a ellas, sabemos que durante 1968 en México las mujeres no sólo actuaron

como líderes reconocidas en el Consejo Nacional de Huelga (CNH), como lo demuestran la biografía de Roberta Avendaño (“La Tita”) y Ana Ignacia Rodríguez (“La Nacha”). También ellas se integraron en todos los niveles de la lucha estudiantil y participaron en las actividades de agitación, diseño y propaganda que realizaban las instancias de base (conocidas como “brigadas”) y en las redes de apoyo que buscaban contener y liberar a los presos políticos del movimiento. De esta manera, el 68 mexicano puede ser leído como una protesta en post de democratizar un Estado cooptado por el partido oficial y, a la vez, como una experiencia más amplia que desafió los valores patriarcales. Las activistas jugaron un papel fundamental dado que cuestionaron su relego a la esfera privada del hogar y exigieron que se las reconociera como ciudadanas, con los mismos derechos y obligaciones políticas que los hombres (Cohen y Jo Frazier, 1993 y 2004; Díaz Escoto, 2016).

Como la invisibilización de las mujeres, la asociación casi exclusiva de los movimientos estudiantiles con tendencias de izquierda o “progresistas” es otro de los lugares comunes más transitados en América Latina. Incluso, muchas veces, se equipara a la historia de las izquierdas con la historia de los activismos del estudiantado. No obstante, como sostuvo el intelectual brasileño Darcy Ribeiro, los

militantes estudiantiles pueden enarbolar banderas de cambios revolucionarios, pero también ser baluartes del pasado (1968). Esta interpretación general es útil para señalar que las identidades políticas de los estudiantes no sólo se reducen a las izquierdas, sino que pueden incluir una alta gama de posicionamientos: desde orientaciones de derecha hasta vertientes políticas que no son claramente identificables dentro de esos binomios clásicos.

En la actualidad, numerosos estudios muestran la relevancia que ostentan las derechas dentro de los activismos estudiantiles latinoamericanos. Desde sus orígenes, la propia Reforma de 1918 fue cuestionada por grupos de esa tendencia política e incluso puede pensarse en una deriva entre reformismo y antirreformismo de derecha a la largo del siglo XX (Mauro y Zanca, 2018). En este campo, sobresalen diagnósticos que muestran el carácter propositivo que pueden tener los sectores de derecha, lejos del prejuicio de que sólo poseen una agenda política reactiva y conversadora. El año 1968 en Uruguay es un caso ejemplar en esta cuestión. En esa fecha se creó el Movimiento pro-Universidad del Norte (MUN) en la ciudad de Salto. Esta agrupación contó con un fuerte protagonismo estudiantil que logró articular un conjunto de sectores de derecha tanto a nivel local como nacional e internacional. Su propuesta era la creación de una

institución de educación superior que rompiera con el monopolio de la Universidad de la República ubicada en Montevideo (Jung, 2018).

Los partidarios del MUN buscaban instaurar una institución basada en carreras cortas de carácter técnico y aplicado, con la intención de garantizar salidas laborales a los estudiantes y conexiones directas con el ámbito productivo, especialmente con el sector agropecuario. Además, proponían una estructura corporativa que incorporara en la dirección de la universidad a hacendados, industriales y profesionales, prescindiendo de la participación de los estudiantes por considerarla un factor “subversivo” y “desestabilizador” (Jung, 2018). Esta iniciativa finalmente no prosperó en esos años, pero es un caso que permite abordar al 68 uruguayo como algo más complejo que las imágenes que sólo lo asocian al fervor de la militancia estudiantil de izquierda vinculada a la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria (CESU) y a la Federación de Estudiantes Universitarios (FEUU), con su epicentro más importante en la capital del país (Dip, 2020).

Esta última experiencia pone en evidencia otro lugar común en la historia de los movimientos estudiantiles latinoamericanos: el sesgo geográfico, el cual implica que, en muchas ocasiones, los relatos queden anclados en las ciudades capitales

y en las universidades más grandes de cada nación. O en visiones que sólo tienen en cuenta un puñado de países de América Latina en detrimento de otros Estados con menor visibilidad en la región (Dip y Jung, 2020). En relación con este punto, por lo general, es más común encontrarse con historias sobre movimientos estudiantiles de Argentina, Brasil, Chile y México que de naciones como Paraguay o zonas como los Estados andinos (Bolivia, Perú y Ecuador) y América Central. En la actualidad, si tomamos el último ejemplo, pueden encontrarse estudios que abordan el 68 en países como Guatemala (Veliz y Loesener, 2022) o que reconstruyen protestas estudiantiles centroamericanas que expresan grandes debates vinculados a las décadas del sesenta y setenta en su conjunto.

Un caso paradigmático fue el movimiento estudiantil de la Universidad de Costa Rica (UCR) de 1970. En abril de ese año, se desató una cadena de protestas masivas encabezada por la Federación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica (FEUCR) contra la instalación en el país de la empresa estadounidense Aluminum Company of America (Alcoa). Esas movilizaciones, con una fuerte tónica soberanista y antiimperialista, finalmente fueron dispersadas mediante la fuerza policial, pero en la actualidad son parte del calendario oficial costarricense, al celebrarse desde hace más de medio

siglo el “Día del Estudiante Universitario” cada 24 de abril. No obstante, en los últimos tiempos, estas conmemoraciones son objeto de críticas por silenciar o dejar en un segundo plano a la biografía de muchas mujeres que participaron en las acciones juveniles de abril de 1970, como el caso de Iris Navarrete Murillo, quien fue una destacada militante de la FEUCR (Chaves Zamora, 2021).

Hasta el momento, transitamos algunos lugares comunes sobre los movimientos estudiantiles latinoamericanos a partir de ejemplos que se retrotraen a hitos del siglo XX. Sin embargo, también pueden encontrarse diagnósticos recurrentes vinculados a los activismos contemporáneos de la nueva centuria. Uno, muy frecuentado, es el de miembros de generaciones precedentes que desdeñan a las experiencias actuales del estudiantado por no adecuarse a demandas y a formas organizativas que se consideran “históricas” y “legítimas”, como las que se retrotraen a la Reforma Universitaria de 1918 y a los estilos de 1968.

Este tipo de visiones suele descansar en prejuicios y desconocimientos, pero también en la idea –más sofisticada– de que los movimientos estudiantiles contemporáneos presentan formas y contenidos “novedosos” que deben enmarcarse en los movimientos sociales posteriores a 2011, como la Primavera Árabe, los indignados y el *Occupy*

Wall Street. Según estas ópticas, estas experiencias rompieron con casos históricos al “innovar” en sus formas y contenidos. Entre los cambios destacan: su núcleo social conformado por jóvenes con altos niveles de estudios; la horizontalidad de las organizaciones y sus liderazgos difusos; el rechazo a la política institucional y la demanda por una democracia que trascienda la participación tradicional basada en el voto; la incidencia de nuevas tecnologías de la información en sus protestas; los repertorios de acción ligados a lo artístico y cultural; y una agenda de reivindicaciones compuesta por una pluralidad de demandas (Montiel Martínez, 2020; Acevedo Tarazona y Correa Lugos, 2021).

A partir de este espejo, los movimientos estudiantiles latinoamericanos de las dos últimas décadas del siglo XXI son leídos desde la “novedad” y la “ruptura” con el pasado. Por esta razón, no es inusual escuchar voces que los definen como la expresión de una nueva generación de jóvenes pertenecientes a instituciones educativas públicas y privadas que optan principalmente por los siguientes anclajes organizativos: la participación directa, horizontal y por asamblea que rehúye de liderazgos reconocidos, mediaciones partidarias, institucionales y estatales; el uso creciente de nuevas tecnologías de comunicación; y una agenda de reivindicaciones ligada a la ampliación de derechos civiles,

el repudio a la violencia de género y la defensa de los derechos humanos. Para estas perspectivas, las nuevas experiencias políticas del estudiantado no hacen más que evidenciar el pasaje del “militante integral” de épocas anteriores al “activista puntual” de la actualidad. Esto explica que, en muchos casos, pierdan centralidad las formas clásicas y permanentes de representación estudiantil, como las federaciones y los centros de estudiantes, frente a instancias de base más laxas y con contornos imprecisos (Modonesi, 2018).

Si bien ciertos tópicos de este diagnóstico general pueden aplicarse a algunas de las experiencias estudiantiles contemporáneas que se reseñaron en los apartados anteriores, la idea de “novedad” oculta una trampa analítica que muchas veces impide pensar en perspectiva histórica el devenir de los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Si se toman como ejemplos las grandes protestas de 2011 ocurridas en Colombia y en Chile, podemos observar en ellas el protagonismo de grandes nucleamientos y federaciones estudiantiles, como la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) y la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH). Además, en sus pliegos de reivindicaciones, es posible escuchar los ecos de conocidas demandas que se retrotraen a etapas históricas precedentes, como la necesidad de garantizar la

gratuidad universitaria por parte del Estado y la de establecer la participación efectiva de los estudiantes en los gobiernos de las instituciones educativas. Incluso, no es casualidad que la propia MANE haya llamado a su pliego de reivindicaciones “Programa Mínimo” al igual que lo había hecho el amplio movimiento estudiantil que tuvo lugar en Colombia en 1971.

Sin embargo, con estas indicaciones no se pretende abonar a la falsa idea de que los movimientos estudiantiles contemporáneos son un mero reflejo de demandas históricas que provienen de una larga tradición latinoamericana. Quizás más productivo que la comparación y la discusión entre lo “viejo” y lo “nuevo” sea preguntarse por cuáles son las apropiaciones y resignaciones de esas experiencias precedentes que hacen los activismos del estudiantado en la actualidad. Por ejemplo, las protestas feministas que hoy irrumpen en distintos espacios educativos de América Latina cuestionando los clásicos liderazgos masculinos y las formas tradicionales de organización, ¿de qué manera (re)leen la Reforma de 1918 y las experiencias de los años sesenta y setenta desde el contexto actual? ¿De qué forma resignifican las protestas estudiantiles de los años ochenta y noventa que bregaron por la gratuidad de las instituciones públicas? La respuesta a este conjunto de interrogantes vendrá

del propio presente y del promisorio futuro que tienen por delante los movimientos estudiantiles de esta región.

¿Todo concluye al fin?

En la revista *El Ojo Mochó*, el sociólogo argentino Horacio González sugiere que es posible considerar a una época como un sistema de ecos. Esos ecos son grandes temáticas y debates que se van deshilvanando en múltiples controversias. Si pensamos bajo esta figura, podemos inferir que entre una época y otra puede haber ecos que siguen sonando, aunque con intensidad y repiques diferentes. O, también, pueden existir ocasiones en que los ecos anteriores se apagan y surgen otros nuevos.

Este trabajo partió de esa metáfora e intentó compartir una serie de ecos que consideramos de utilidad escuchar para todas las personas que quieran interiorizarse en la historia de los movimientos estudiantiles de América Latina. Cada lector y lectora, finalmente, evaluará si fueron provechosas las páginas de este libro de bolsillo. Desde este lado, nos contentamos con la tarea de haber compartido algunas reflexiones e inquietudes de un largo

camino que aún parece tener muchas paradas y destinos por delante.

De esta última acotación se desprende un interrogante final: ¿qué les depara el futuro a los movimientos estudiantiles latinoamericanos? Es una pregunta imposible de responder, pero en su formulación pueden tenerse en cuenta algunas problemáticas. Para el sociólogo brasileño Breno Bringel (Donoso, 2020b), a la hora de considerar la importancia futura de los movimientos estudiantiles no debe perderse de vista que son un tipo de movimiento social *sui géneris*, que maneja una temporalidad diferente (el tiempo-escuela, el tiempo-universidad), la cual marca en cierta medida la inserción o profundidad que puede adquirir su militancia. Como sabemos, no se es estudiante toda la vida y esto mismo signa sus tiempos particulares, muchas veces acompañados de grandes irrupciones y en otras ocasiones por una pasmosa tranquilidad.

Esta comprensión de la “condición estudiantil”, sin embargo, no agota la cuestión y es posible asociarla a una proyección que no surge de abstracciones, sino de la propia historia de los activismos estudiantiles en la región. Como sostiene el intelectual uruguayo Aldo Solari, en un célebre texto publicado en la *Revista Mexicana de Sociología* (1967), los movimientos estudiantiles adquieren

importancia decisiva en la vida política nacional cuando son capaces de articular sus actividades y protestas con “muchas otras fuerzas” y con “muchos otros movimientos”. Con lo cual, su desempeño a futuro no sólo estará dado por la manera en que resuelvan sus desafíos internos o propios, sino por la forma en que se relacionen con los colectivos sociales más amplios.

No obstante, y a pesar de las indicaciones anteriores, poco podemos prever respecto de lo que concretamente va a suceder en el futuro estudiantil en los distintos países de la región. La frontera que separa lo educativo y lo gremial de lo político es siempre tenue y, al mismo tiempo, los movimientos estudiantiles son imprevisibles. Según la poeta uruguaya Cristina Peri Rossi “la vida es tiempo, no lugar” (2023). Por esa razón, lo más adecuado es dejar que el tiempo hable y que este libro de bolsillo concluya al fin.

Bibliografía

- Acevedo Tarazona, Álvaro y Correa Lugos, Andrés (2021). Nuevos modos de protesta juvenil e indignación en Colombia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(2), 1-20.
- Acevedo Tarazona, Álvaro y Correa Lugos, Andrés (2015). La movilización estudiantil universitaria del año 2011 en Colombia. Retrospectiva de un síntoma contestatario 2011-1971. *Revista Educación y Desarrollo Social*, 9 (1), 40-55.
- Agüero, Ana Clarisa y Eujanian, Alejandro (2018) (Coords). *Variaciones del reformismo. Tiempos y experiencias*. Rosario: Humanidades y Artes Ediciones.
- Altbach, Philip G. (1989). Perspectives on student political activism. *Comparative Education*, 25 (1), 97-110.
- Amozurrutia, Karla (2019). #YoSoy132. En Ordorika, I., Rodríguez-Gómez, R. y Gil Antón, M. (Coords.). *Cien años de movimientos estudiantiles*. Ciudad de México: UNAM-PUEES.
- Archila, Mauricio (2012). El movimiento estudiantil en Colombia, una mirada histórica. *OSAL*, 13 (31), 72-103.

- Berrios, Camila y Tapia, Takuri (2019). Movimiento Secundario en Chile: demandas políticas y lógicas organizacionales. En Camila Berríos, C. y García, C. (dir.) *Ciudadanías en conflicto. Enfoques, experiencias y propuestas*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- Bonavena, Pablo y Millán, Mariano (2012). *El movimiento estudiantil en la actualidad argentina: una aproximación sociohistórica*. OSAL, 12 (31), 105-122.
- Bonavena, Pablo y Millán, Mariano (2018) (Eds.). *El '68 latinoamericano. A 50 años de Tlatelolco. Movimientos estudiantiles, política, cultura, historia y memoria*. Buenos Aires: CLACSO/IIGG.
- Brunner, José Joaquín (1986). El movimiento estudiantil ha muerto, nacen los movimientos estudiantiles. En Tedesco, J. C., Hans R. Blumenthal, H. R., y Albornoz, O. (Eds.). *La Juventud universitaria en América Latina*. Caracas: Centro Regional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- Buchbinder, Pablo (2008) ¿Revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bustelo, Natalia (2018). *Todo lo que necesitás saber sobre la reforma universitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Carli, Sandra (2008). Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria (Federación Universitaria

- de Córdoba, 1918). *Transatlántica de educación*, (5), 2008, 35-42.
- Cejudo Ramos, Denisse (2019). Para analizar los movimientos estudiantiles. *Revista Conjeturas Sociológicas*, (20), 134-153
- Celi Hidalgo, Carlos (2018). Movimientos estudiantiles en América Latina: Ciclos de sincronía y desencuentros. *Universidades · UDUAL*, (76), 7-27.
- Celi Hidalgo, Carlos y Moreno Yáñez, Kintia (2017). Construcción de la negatividad: Universidad Central del Ecuador y movimiento estudiantil a los ojos del diario El Comercio (1980-1996). En Marsiske, R. (Coord.) *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V*. Ciudad de México: IISUE-UNAM.
- Cerva, Daniela (2020). Activismo feminista en las universidades mexicanas: la impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres. *Revista de la Educación Superior*, 49 (194).
- Chaves Zamora, Randall (2021). *Rebeldía en la memoria. El movimiento estudiantil contra Alcoa (Costa Rica, 1968-1970)*. San José: EUNED.
- Cohen, Deborah y Lessie Jo Frazier (1993). No sólo cocinábamos... Historia inédita de la otra mitad del 68. En Semo, I. (ed.), *La transición interrumpida: México, 1968-1988*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana/Nueva Imagen.

- Cohen, Deborah y Lessie Jo Frazier (2004). México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las mujeres en las calles. *Estudios Sociológicos*, 66 (22), 591-623.
- Cruz Rodríguez, Edwin. (2012). La MANE y el paro nacional universitario de 2011 en Colombia. *Ciencia Política*, (14), 140-193.
- Cuadro Cawen, Inés (2018). Unidad estudiantil y participación en el gobierno universitario: el Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos en 1908. En Markarian, V. (Coord) *Movimientos estudiantiles en América Latina*. Rosario: Humanidades y Artes Ediciones.
- Demasi, Carlos (2019). *El 68 uruguayo, el año que vivimos en peligro*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Di Napoli, Pablo Nahuel (2021). Jóvenes, activismos feministas y violencia de género en la UNAM: genealogía de un conflicto. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19 (2).
- Díaz Escoto, Alma Silvia (2016). Las mujeres que deseaban cambiar el mundo: movimiento estudiantil de 1968. *Testimonios*, 5 (5), 28-43
- Dip, Nicolás (2018a). *Libros y alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

- Dip, Nicolás (2018b). Un proyecto para la universidad. De la revista *Envídeo* a la JUP y ADUP 1972-1973. *Historia de la Educación. Anuario*, (18), 64-86.
- Dip, Nicolás (2020a). La repolitización de la universidad implica un ejercicio proactivo de la autonomía. Entrevista a Imanol Ordorika. *Pensamiento Universitario*, (19), 174-180.
- Dip, Nicolás (2020b). Cuatro caminos de interpretación. Política, izquierda y cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana. *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo XX*, 12 (1).
- Dip, Nicolás (2022). Movimientos estudiantiles contemporáneos en México: desafíos de investigación sobre una experiencia inconclusa (2010-2020). *Revista de la Educación Superior*, (51), 87-110.
- Dip, Nicolás y Jung, María Eugenia (2020). La universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales en la historia reciente latinoamericana. *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo XX*, 12 (1), 10-16.
- Dip, Nicolás y Villar Vásquez, Gorka (2022). Intelectuales y militantes comunistas de la Universidad de Chile frente a la cuestión universitaria (1968-1973). En Matamoros, C. y Neut, S. (Coords.). *Nuevas historias de la educación durante la Unidad Popular. Tomo I: Discursos, disputas y*

- proyectos políticos en educación*. Santiago de Chile: Editorial Sole.
- Donoso, Andrés (2018a). *La Educación en las Luchas Revolucionarias*. Santiago de Chile: Quimantú.
- Donoso, Andrés (2018b). El movimiento estudiantil brasileño de 1968 y las discusiones sobre el papel de la educación en la transformación social. *Perfiles Educativos*, 11 (161), 53-68.
- Donoso, Andrés (2020a). Movimientos estudiantiles de Brasil y México en 1968: análisis comparativo de sus demandas. *Historia y MEMORIA*, (21), 269-298.
- Donoso, Andrés (2020b). Movimientos sociales y teoría sociológica en América Latina: conversación con Breno Bringel. *Cuadernos Americanos*, (171), 109-126.
- Draper, Susana (2018). *México 1968. Experimentos de la libertad. Constelaciones de la Democracia*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Duarte Solís, Javier (2021). *Movimiento Universitario de Izquierda – MUI*. Chile: Ediciones Escaparate SpA.
- Durán Migliardi, Carlos (2012). El acontecimiento estudiantil y el viraje del proceso sociopolítico chileno. *OSAL*, (31), 39-60.
- Estrella, L. y Modonesi, M. (2012). El #YoSoy132 y las elecciones en México. *OSAL*, 12 (32).

- Foracchi, Marialice (1969). 1968: el movimiento estudiantil en la sociedad brasileña. *Revista Mexicana de Sociología*, 31 (3).
- Foracchi, Marialice (1972). *A juventude na sociedade moderna*. San Pablo: Ed. de São Paulo.
- González Contreras, Samuel (2018). Del #YoSoy132 a las protestas por Ayotzinapa: militancias estudiantiles en la Ciudad de México. En Modenesi, M. (Coord.). *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*. Ciudad de México: FCPyS-UNAM, Editorial Ítaca.
- Funes, Patricia (2021). El movimiento de la Reforma Universitaria. Trayectorias y descendencias. *História*, 40, 1-20.
- González Vaillant, Gabriela y Markarian, Vania (2021). *El río y las olas. Cuatro ciclos de protesta estudiantil en Uruguay*. Montevideo: Universidad de la República, Archivo General de la Universidad, Área de Investigación Histórica.
- González, Horacio (1991). Pensamiento trágico y pensamiento social. *El Ojo Mocho*, (4), 30-31.
- González-Ledesma, Miguel Alejandro y Vera, Héctor. (2019). Movimientos estudiantiles en Estados Unidos. En Ordorika, I., Rodríguez-Gómez, R. y Gil Antón, M. (Eds.), *Cien años de movimientos estudiantiles*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios sobre Educación Superior, UNAM.

- Hatzky, Cristine (2008). *Julio Antonio Mella (1903-1929). Una biografía*. La Habana: Oriente.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jung, María Eugenia (2018). *La educación superior entre el reclamo localista y la ofensiva derechista. El movimiento pro-Universidad del Norte de Salto (1968-1973)*. Montevideo: CSIC, Universidad de la República.
- Jung, María Eugenia (2019). Derechas y universidad en los sesenta. Lecturas inspiradoras y modelos universitarios: tres modelos de caso en Uruguay y Argentina. *Cuadernos de Marte*, 10 (17), 151-181.
- Kirby, Enrique Cañas (2016). Movimiento estudiantil en Chile 2011: Causas y características. *Revista de Historia y Geografía*, (34), 109-134.
- Krotsch, Pedro (2002). Los universitarios como actores de reformas en América Latina: ¿han muerto los movimientos estudiantiles? *Espacios en Blanco - Serie Indagaciones*, (12), 19-49.
- Levy, Daniel (1991). The decline of Latin American student activism. *Higher Education*, 22 (2), 145-155.
- Lloyd, Marion. (2019). La lucha por la gratuidad en Chile (2011-2012). En Ordorika, I., Rodríguez-Gómez, R. y Gil Antón, M. (Eds.), *Cien años de movimientos estudiantiles*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios sobre Educación Superior, UNAM.

- López Macedonio, M. N. (2020). El lugar de los estudiantes normalistas rurales en la política corporativa del gobierno cardenista. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 72.
- López Mejía, Juan Sebastián. (2019). El movimiento estudiantil en Colombia (2010-2012). En Ordorika, I., Rodríguez-Gómez, R. y Gil Antón, M. (Eds.), *Cien años de movimientos estudiantiles*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios sobre Educación Superior, UNAM.
- Markarian, Vania (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: UNQUI.
- Markarian, Vania (2019). Uruguay, 1968. Algunas líneas de análisis derivadas del estudio de la protesta estudiantil en un país periférico. *Espacio, Tiempo y Educación*, 6 (1), 129-143.
- Mauro, Diego y Zanca, José (2018). *La reforma universitaria cuestionada*. Rosario: Humanidades y Artes Ediciones.
- Meneses, Marcela. (2019). ¡Cuotas No! El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios sobre Educación Superior, UNAM.
- Meyer, Jean [1969] (2008). El movimiento estudiantil en América Latina. *Sociológica*, 23 (68), 179-195.

- Modonesi, Massimo (2018) (Coord.). *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*. Ciudad de México: FCPyS-UNAM, Editorial Ítaca.
- Montiel Martínez, Fernando (2020). Los movimientos estudiantiles en América Latina en el siglo XXI. *AINKAA. Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 4 (8), 57-74.
- Ordorika, Imanol (2006). *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*. Ciudad de México: UNAM / Plaza y Valdés Editores.
- Ordorika, Imanol (2018). Repolitizar la casa: las universidades de América Latina a cien años de la Reforma de Córdoba. En Guarga, R. (Coord.), *A cien años de la Reforma Universitaria de Córdoba. Hacia un nuevo manifiesto de la educación superior latinoamericana*. Caracas: UNESCO-IEASALC y UNC.
- Ordorika, Imanol (2019). El CEU pensado en sesis episodios. En Ordorika, I., Rodríguez-Gómez, R. y Gil Antón, M. (Eds.), *Cien años de movimientos estudiantiles*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios sobre Educación Superior, UNAM.
- Ordorika, Imanol (2022). Student movements and politics in Latin America: a historical reconceptualization. *Higher Education*, (83), 297–315.
- Ordorika, Imanol y Gilly, Adolfo (2014). Ayotzinapa, crimen de Estado. *La Jornada*, 6 de octubre.

- Ortega Erreguerena, J. (2015). Yo Soy 132: entre la red y las asambleas. Una rebelión contra el autoritarismo. *Pacarina del Sur*, 6, (25).
- Pensado, Jaime (2018). Entre perdigones, provocadores y noticias apócrifas: Un caso comparativo a la represión estatal durante el movimiento estudiantil del 68 en México y Uruguay. En Markarian, V. (Coord) *Movimientos estudiantiles en América Latina*. Rosario: Humanidades y Artes Ediciones.
- Peri Rossi, Cristina (2023). La extranjería es sospechosa porque somos simios agresivos que cuidamos nuestro territorio. *Página 12*, 30 de enero.
- Portantiero, Juan Carlos (1971). *Studenti e rivoluzione nell' América Latina. Dalla Reforma Universitaria del 1918 a Fidel Castro*. Milán: Il Saggiatore.
- Portantiero, Juan Carlos (1978). *Estudiantes y política en América Latina 1918-1938. El proceso de la Reforma Universitaria*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Pronko, Marcela (1999). Procesos institucionales y estructuración del movimiento estudiantil. Universidad de Luján (1979-1990). En Marsiske, R. (Coord.) *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina II* (pp. 239-263). Ciudad de México: UNAM-CESU, Plaza y Valdés Editores.
- Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (2018) (Coord.). *Movimientos estudiantiles y juveniles en México: del M68 a Ayotzinapa*. Ciudad de México: CONACYT

- Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A.C.
- Ribeiro, Darcy (1968). *La universidad latinoamericana*. Montevideo: Universidad de la República.
- Sánchez Parra, Sergio Arturo (2012). *Estudiantes en armas. Una historia política y cultural del movimiento estudiantil los enfermos (1972-1978)*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Santoyo, Paula (2015). Para seguir caminando. Una retrospectiva desde el movimiento social #YoSoy132. En Romero, R. y Solís, O., *Resistencias locales, utopías globales*. Ciudad de México: STUNAM-Yod Estudio.
- Solari, Aldo (1967). Los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 29 (4).
- Toro Blanco, Pablo (2018). Prensa y movimiento estudiantil universitario en Chile a fines de la dictadura e inicios de la transición democrática (c.1988-c.1998). *História da Educação*, 22 (54), 135-153.
- Urra Rossi, Juan (2012). La movilización estudiantil chilena en 2011: una cronología. *OSAL*, (31), 23-38.
- Veliz, Rodrigo y Loesener, Johann (2022). “Muy parecido al infierno”: las circunstancias alrededor del movimiento estudiantil guatemalteco en 1968. *Latinoamérica*, (75), 65-92
- Zermeño, Sergio (1978). *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Zermeño, Sergio (2008). *Resistencia y cambio en la UNAM: las batallas por la autonomía, el 68 y la gratuidad*. Ciudad de México: Océano.

Sobre el autor

Nicolás Dip es doctor en Historia y licenciado en Sociología por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Actualmente se desempeña como investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina. Dicta clases de grado y posgrado en la UNLP y en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Se ha desempeñado como becario del Programa de Becas Postdoctorales en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, y como becario doctoral y posdoctoral del CONICET. Sus líneas de investigación están abocadas al estudio sociohistórico de las izquierdas y a la historia reciente de las universidades, los intelectuales y los movimientos estudiantiles de América Latina. Es director de la colección “Izquierdas de América Latina” de Prohistoria Ediciones.

Este libro busca dar un panorama de los movimientos estudiantiles latinoamericanos desde la Reforma Universitaria de 1918 hasta las experiencias feministas contemporáneas, y suscitar interrogantes para indagar y debatir la historia, el presente y el futuro de los activismos estudiantiles latinoamericanos. Sin pretensión de considerar a las preguntas como cerradas e indispensables, se espera compartir inquietudes y referencias generales. Las respuestas a cada uno de los interrogantes intentan entregar una visión amplia y una puerta de entrada a problemáticas clave para cualquier persona interesada en el activismo estudiantil de nuestra región.

La biblioteca **Que se pinte de pueblo** es una serie de libros breves que nos invita a repensar y cuestionar a la Universidad latinoamericana inmersa dentro del contexto histórico-social actual.

ISBN 978-987-813-458-1

